

ENTREVISTAS

Marta Blanco

MONSEÑOR B. PIÑERA

Monseñor Bernardino Piñera me recibe en el Arzobispado de La Serena, al frente de la plaza, donde ondea un floripondio que es -apuesto- el mejor de Chile. El arzobispado es una casa hermosa, de patio perfumado y amplios corredores. En el segundo piso está la oficina del señor Arzobispo. Una amplia pieza, cuyos muros están rodeados de libros, muy bien clasificados, según me doy cuenta por su explicación. También sabe don Bernardino de los bailes de la zona, de las 28 parroquias y más de 300 capillas desparramadas por cordillera y valles, costa y poblados. Sabe de costumbres y de papayas y de chirimoyos y de liturgias. De antigua familia serénense, no le costó adaptarse cuando, hace cuatro años, regresó a la ciudad de sus ancestros, en la que veraneaba de chico y a la que siempre volvió en alguna temporada, pero a la que regresa para instalarse como el señor Arzobispo. Ciudad que le permite recibir al Santo Padre (pues como presidente del Comité Permanente, según su propia confesión no secreta, no logró ver mucho en los otros sitios) en mejor lugar y, así, ver y disfrutar más con esta visita única y tan esperada.

Tiene sus sueños, don Bernardino. Tiene sus sueños de una sociedad mejor, más evangélica y justa, menos terca con los que tienen menos. Algunos lo tachan de socialista. Su gran mano con el anillo de pastor con piedra de lapislázuli, se mueve en el aire húmedo de La Serena, mientras va hilando su pensamiento de varón de Dios. Habrá muchos que no estén de acuerdo con sus análisis, quizás. Y muchos que lo aprueben. Es hombre de ilustración este Monseñor Piñera. Leído y pensado. Y, además, de recogimiento. Más de un mes intentando encontrarlo. Pero había huido hacia la paz de algún claustro, a meditar. Ha vuelto a La Serena y aprovecho de hablar con él, porque es Arzobispo. Porque es inteligente. Y porque es Piñera. Tres razones distintas y un solo fin, no más: escuchar a alguien de mucha calidad. Y de fino humor. Persona muy exclusiva, don Bernardino. Preocupado del hombre plural, él es muy singular. Nada menos común que un hombre con pensamiento original.

— ¿Por qué decidió que era necesario hacer el "plan Belén", de educación cívica, Monseñor? La educación cívica a través de la Iglesia.

— Había un grupo de católicos connotados que tenían interés en trabajar para que la mayoría de los chilenos se inscribieran en los registros electorales y ejerciera su derecho, que es a la vez un deber, de participar en cualquier consulta popular. El Comité Permanente no creyó poder o deber encauzar él esta campaña directamente, porque no corresponde a nuestras atribuciones. Por ello le pedí a ILADES (Instituto Latinoamericano de Estudios Sociales), que tiene un departamento de educación cívica, que viera el modo de realizar este anhelo de muchos cristianos. Y el plan se llamó Belén porque el Evangelio nos dice que José y María fueron a Belén para responder al empadronamiento. O sea, a cumplir un deber cívico. Y ésta es una de las iniciativas católicas, pero no episcopales, que se están realizando.

— **¿Y se limita sólo a esto?**

— Una segunda fase sería ayudar a la gente a votar con ilustración, porque se puede hacer sin la debida información o sin la debida reflexión. Un plan de educación cívica puede, también, comprender un esfuerzo para ilustrar a los electores para que voten de la manera más consciente y responsable posible. Y entiendo que esos son los dos objetivos que persigue una tarea de educación cívica amparada por la Iglesia.

— **¿Por qué, a su juicio, esos católicos connotados a que hacía mención, creyeron que la Iglesia tenía que manifestarse en asuntos de educación cívica y no recurrieron —en vez de, en tanto católicos, a su Iglesia—, en tanto ciudadanos, al gobierno y a sus instituciones? Es como pedirle al Gobierno que eduque a los católicos para que lo sean.**

— La Iglesia siempre ha considerado como parte de su evangelización, como una aplicación de ella, el cumplimiento de todos los deberes: deberes familiares, políticos, cívicos, sociales. De tal manera que si grupo de familias católicas quiere hacer una campaña para que las familias cumplan con los sanos principios en esa materia, es natural que le pidan a sus obispos si les pueden amparar, apoyar, respaldar, alentar, animar. Podrían, también, hablar con cualquier otra institución que promueva familia, pero es natural que los católicos recurran a su iglesia. No tiene n alcance que eso.

— **¿Por qué nota uno, como un laico no muy iluminado o ilustra respecto de la vida de la iglesia, que la iglesia aparece tan extrapolada, posiciones intestinas casi antagónicas? Unos, a la derecha de un pensamiento social de la iglesia, y otros muy a la izquierda.**

— Yo creo que la respuesta a su pregunta es ésta: en un país como Chile, tradicionalmente católico, poniendo tradicionalmente entre comillas, hay católicos en todos los sectores sociales. Los hay ricos y pobres de derecha, de centro, de izquierda; hay católicos que son empresarios hay católicos que son trabajadores y hay católicos que son gobiernistas y católicos que son opositores y hay católicos militares y hay católicos civiles. Es natural que, en la iglesia, todas las posturas y todas las corrientes afloren, porque hay católicos en todas partes. Nosotros, como iglesia acogemos a todos, respetando sus matices, porque somos la iglesia de los ricos y de los pobres, de la derecha, de la izquierda. Eso explica que haya católicos con posiciones o con experiencias muy diversas. Y eso da una impresión de diversidad dentro de la iglesia, que no es sino el reflejo de la diversidad del país.

Si usted se refiere - continúa Monseñor Piñera, sentado en su escritorio del Obispado de La Serena, rodeado de libros al clero, yo da la misma respuesta. Tenemos sacerdotes que trabajan en poblaciones que viven en el mundo de los pobres, en el mundo de la extrema pobreza tal vez, donde posiblemente las posiciones políticas de izquierda, las posiciones políticas marxistas tendrán un predominio mayor o menor, y es natural que ellos vivan esa problemática y traten de pensar, de pensarla en términos evangélicos. Tenemos sacerdotes que son capellanes de las fuerzas armadas. Ellos viven en otro mundo. Ellos conocen a los militares, a los marinos, los comprenden, tratan de ayudarlos, de evangelizarlos, servirlos desde el punto de vista del evangelio. Es natural que ellos aporten otro punto de vista. Hay sacerdotes que hacen su ministerio en el barrio alto de Santiago o en barrios donde viven personas de fortuna, empresarios o profesionales o intelectuales, entonces ellos

son más sensibles a los valores que existen en ese ambiente. La iglesia refleja esta diversidad de situaciones del clero en su trabajo, de los católicos y de toda la gente.

— **Monseñor: usted me habló de la extrema pobreza. Mencionó a toda la sociedad chilena. Dijo que el clero vivía distintas y diversas situaciones. Dijo también "viven en otros mundos". ¿Cree usted que Chile es un país "mil hojas", separado por capas, en que hay realidades superpuestas, distintas y separadas? Vuelvo a citarlo; ¿otros mundos...?**

— Creo que es impresionante la diferencia que existe entre algunos sectores de este país y otros. ¡Es abismante! ¡Es exagerada! Llama mucho la atención de los extranjeros. En Europa o Estados Unidos también habrá pequeños grupos absolutamente marginales, pero la gran masa de la población ha logrado un nivel de vida más o menos parejo. En cambio en Chile, de repente ellos ven niveles de vida extremadamente refinados' y a veces se asoman a otros sectores y hasta les cuesta entender que puedan coexistir en un mismo país, en una misma ciudad diferencias tan grandes como las que se ven en una población marginal o la que se vive en los barrios más sofisticados de Santiago.

— **¿Cree usted que es un problema que exige solución urgente, esta violenta diferencia, y cree usted que haya manera de hacerlo, Monseñor, que no se haya aplicado?**

—Una estadística que leí no hace mucho dice que el 20 por ciento más rico de Chile dispone de más o menos el 50 por ciento de la renta nacional. Y el 20 por ciento más pobre dispone del 5 por ciento. O sea, si usted toma el 1 por ciento más rico del 20 por ciento más rico y el 1 por ciento más pobre del 20 por ciento más pobre, la diferencia ya no sería, de uno a diez, sino que será de mil a uno, o de cien mil a uno. ¡Yo pienso, que la doctrina social de la iglesia o, más ampliamente, el evangelio, hace intolerable que una persona viva en forma permanente en la miseria o que, un grupo grande de personas vivan en la extrema miseria habiendo posibilidad de sacarlos de la miseria!

— **¿Y en Chile se dan esas posibilidades?**

— Pueden darse países que sean tan pobres que todos son pobres. Pero un país como Chile, que no es extremadamente pobre... (los economistas dicen que somos ricos entre los pobres o pobres entre los ricos). Somos una especie de clase media entre los países: dentro del tercer mundo, el que más se acerca al primer mundo. Son maneras de expresar que somos pobres pero no tan pobres. Entonces, me parece que éste es un país que debe hacer un esfuerzo enorme para que los más pobres puedan acceder -también ellos- a muchas de las cosas que hoy día aparecen como necesidades de los hombres.

— **A propósito de la pobreza, Monseñor. ¿Es la pobreza, la pavorosa situación que usted describe a través de tajantes porcentajes, sólo el producto de la pobreza material, o tiene ello que ver con la pobreza espiritual? ¿Por qué ocurre en un país como éste, que se dice sensato, tal diferencia de niveles de vida? ¿No hay aquí algo de pobreza espiritual?**

— Yo le contestaría así: creo que en Chile hay grandes diferencias de aptitudes para la vida económica. Si partiéramos de cero, hay personas que van a surgir y personas que no van a surgir. En el

plano económico. La repartición de otras cualidades puede ser diferente. Hay personas en Chile que tienen aptitudes para la vida económica. Así como hay gente con talento para la música, hay personas que tienen talento para la vida económica.

— **¿Y esa gente se encuentra en qué sector?**

— En los distintos sectores. Pero es cierto que, en general, el pueblo chileno no tiene una mentalidad economicista, no tiene ese afán de ganar dinero, no tiene las cualidades que hacen que un hombre progrese materialmente en la vida.

— **¿Y eso se debería a qué?**

—Somos así.

—**Pero eso ¿es modificable a través de la educación?**

— Yo creo que sí. Yo creo que sí. Otro aspecto es que en el mundo económico influye mucho el punto de partida, no solamente las aptitudes, de tal manera que, por muy dotado que fuera para la vida económica, si no me dan ninguna chance, yo no salgo adelante. Y, en cambio, aunque no sea muy dotado, si parte bien, tiene muchas más posibilidades de llegar. Entonces, creo que hay un sector bastante grande del pueblo chileno que tiene muy pocas posibilidades de surgir. Primero: la salud. Cuando se ha vivido en hacinamiento, cuando no se ha tenido un buen acceso a la salud; cuando se ha tenido una mala alimentación, es evidente que no se tiene el ánimo ni las condiciones físicas para surgir. También depende de la educación. Es cierto, todo el mundo en Chile tiene acceso a la enseñanza básica, pero en condiciones muy diversas. No todo el mundo en Chile hace estudios básicos de igual calidad. Muchos tienen acceso a la enseñanza media, pero no es la misma enseñanza media que reciben unos y otros. Es mucho más difícil el acceso a la universidad. Hay gente que pasa por la universidad por un camino pavimentado, pero otros hay que pasan por uno de tierra. Entonces, el ideal sería que cualquier chileno tuviera un acceso más o menos parejo a la salud, a la educación y, con mayor razón todavía, a la vivienda y a la alimentación básica, para que se pudiera decir que realmente ha tenido igualdad de posibilidades. Creo que la rectificación de las desigualdades debería tener como prioridad el igualar lo más posible las posibilidades. No es tanto tomar al sector más pobre como un todo global al cual hay que ayudar, sino que darle la posibilidad a cada cual de llegar hasta donde pueda llegar, dadas las aptitudes que Dios le ha dado.

— **¿Diría que la Universidad Católica da igualdad de oportunidades? Porque entiendo que la educación que otorga la U.C. es tan cara como la que entrega la U. de Chile.**

— La respuesta es muy simple: la Iglesia no tiene recursos ¿no es cierto? comparables de lejos a los que pueda tener el Estado. La Universidad Católica está nivelada, prácticamente, con las demás universidades en cuanto a posibilidades financieras. Además, las Universidades Católicas entran en una prueba de aptitud académica común y no puede en verdad censar sus alumnos sino que con el mismo criterio que las demás universidades.

— **Pero me refería al costo por alumno, Monseñor.**

— La Universidad Católica no tiene recursos que le permitieran dar educación barata. O sea, como todas las universidades, recibe subsidios del gobierno en distintas formas y no puede apartarse mucho de la política de las demás universidades. ¿De dónde podría la Iglesia regalar una carrera a un alumno? ¿De dónde saca? O sea, la única posibilidad de un cambio radical en materia de educación superior sería una política general del país.

— **¿Cree, Monseñor, que el Gobierno debería poner énfasis, dentro del presupuesto nacional, a los rubros educación y salud?**

—Yo creo que el Gobierno, en estos dos rubros, tiene que tomar una opción fundamental. Una opción, es decir: respetando la libertad en todo orden de cosas, pero determinar que una, dos o tres cosas hay que dárselas por igual a todos. Que ahí no corre la libertad sino que se da la posibilidad a todos y, por supuesto, se paga con el presupuesto del país. Podría ser el caso del alimento. Por ejemplo: hoy día se da comida a los niños en escuelas básicas, el desayuno, el almuerzo y la once escolar. Uno podría decir ¿qué tiene que ver la escuela con la alimentación? La escuela es para enseñar, no para dar de comer. Pero es tan evidente que si hay un niño que no puede atender sus clases porque está con hambre, el profesor pida al Gobierno "deme algo para darle de comer". Por razón de suplencia, qué sé yo, las escuelas dan alimentación al niño que no la encuentra en su casa. Se podría hacer esto a una escala mucho más grande todavía y decir "el Gobierno se va a encargar de que todos los chilenos tengan una alimentación mínima". O bien, que todos los chilenos tengan una atención mínima de salud gratuita para todos. O educación gratuita para todos. Ese sería un criterio de orientación socialista, en que ciertos bienes fundamentales son gratuitos para todos y digo gratuitos para todos, aun para los ricos, porque, si son gratuitos para unos y pagados para otros, entonces no es igual. La otra línea, que es la que sigue el Gobierno es la de decir: ¿Por qué un país pobre va a tener que regalarle salud, educación o comida a gente a quien puede costárselo su familia? Todo tiene que ser pagado y pagado en su justo precio y el que no puede pagar, entonces se le da un trato especial de indigente y se le concede un préstamo o una beca. Esa es la visión liberal. Ahora, las dos visiones son lógicas. Precisamente, lo propio de las ideologías es de ser lógicas, de ser coherentes.

— **¿Qué pasa con la práctica, Monseñor?**

— Pasa que, en un país donde la gran mayoría de la gente puede costearse las cosas y en que los indigentes son muy pocos, el sistema liberal funciona en forma normal. Es un país donde una proporción muy importante de la población no alcanza a hacerlo, se crea un doble sistema: los que pagan, los que no pagan. Son exigencias diferentes. Pudiera ser que un muchacho no sacara buen puntaje, pero fuera capaz de pagar la universidad y estudie una profesión, aun en una particular. Y otro, en cambio, mucho más capaz, que no puede pagar, tal vez no alcance a recibir beca alguna. O sea, se mantiene un principio de desigualdad. Cuando reciben el mismo servicio unos que pagan y otros que no pagan, se crea una cierta desigualdad al interior de ese servicio. Me parece a mí. Entonces se podría pensar si acaso en Chile no sería más conforme a la realidad social del país -en que hay mucha más gente que no puede pagar lo que vale la comida, lo que vale la salud, lo que vale la educación — que se hiciera un esfuerzo para que estos servicios fueran gratuitos para todos, que la

entrada al sistema fuera por criterios objetivos parejos, exclusivamente, y que se pagara con los impuestos. O sea, ese padre rico, que habría podido pagar para que su hijo fuera universitario, va a pagar lo mismo, pero lo va a pagar...

—En impuestos...

—...para que la universidad sea gratuita para todos y a lo mejor le va a costear la universidad a un muchacho más capaz que su hijo. Parecería que fuera duro, pero es justo.

—Esas son palabras mayores, don Bernardino...

— Son grandes políticas... Yo desearía que cualquier muchacho chileno, por modesto que fuera, supiera que si él es empeñoso, si él tiene mérito, él va a poder llegar hasta donde... él pueda y sea capaz...

—Y para terminar, Monseñor. ¿Cómo es que dejó de ser presidente del Comité Permanente del Episcopado? Porque se oyen cosas..

— Yo fui presidente durante dos períodos y no podía ser reelegido a menos de que la Conferencia Episcopal hubiera votado por los dos tercios y pedir autorización para reelegirme. Y no logré los dos tercios. Y no pude ser reelegido.

—O sea, democráticamente, perdió la elección.

— ¡Perdí el plebiscito! Entonces pasamos a elecciones libres y en las elecciones libres salió don Carlos González de presidente.

El Mercurio de Valparaíso, 14 de febrero, 1988